

DISCURSO DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA
DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS, EN HOMENAJE
A LA MEMORIA DEL DIRECTOR DON JOSE JIME-
NEZ BORJA, EN SESION SOLEMNE

La Academia Peruana de la Lengua rinde tributo a la memoria de Don José Jiménez Borja, Miembro de Número, Censor, ex-Secretario y ex-Director de nuestra institución. Si completáramos una escueta ficha biográfica diríamos que fue Maestro con letras mayúsculas de Secundaria y de la Universidad; escritor insigne, lingüista preclaro, fervoroso sostenedor de la peruanidad de su Tacna nativa; que en la vieja Casona de San Marcos llegó a ser Decano de la Facultad de Letras y que en el campo de la Educación ocupó el alto cargo de Ministro de Estado durante el régimen constitucional de Fernando Belaúnde Terry, en el período comprendido entre 1963 y 1968. Y terminar diciendo lo que Estuardo Núñez afirmara en el Cementerio Presbítero Maestro que "la Academia lamenta consternada la desaparición de uno de sus más antiguos, insignes y caracterizados miembros" . . . Si habláramos de su espíritu tendríamos que señalar su erudición sin afectación, su fino sentido crítico, su bondadosa actitud, su profunda afectividad, su mano generosa para conducir sin dejarse sentir, como influyendo desde un lejano espacio donde colocaba su pensamiento y su hilo conductor. Si quisiéramos trazar su retrato tomaríamos del artículo necrológico

publicado en "La Crónica", el 25 de agosto, estas frases: "Su figura lenta, que los años cargaron de hombros y de señorío, era en los tiempos de la Casona de San Marcos, como la imagen de la sencillez y la serenidad". Y añadiríamos con Andrés Aramburú Menchaca: "Solía desplazarse lentamente, pero sin vacilaciones. Era una de las características de su personalidad que irradiaba dignidad y sabiduría. Podría pensarse que también era imagen de soledad, sino fuera por su sonrisa permanente y el asedio de sus muchos amigos a quienes acogía con benevolencia y tolerancia que está reservada para los espíritus selectos"... Y decir también con Aramburú que: "Concordaba su hablar con la calma de sus pasos". Pero señalar que ello iba acompañado del uso de la palabra que en él adquiría con la corrección gramatical, el vasto campo significativo que irradian las voces cuando se abren las claves del idioma en un horizonte de ideas y de imágenes. Todo ello podríamos exponer dentro de un discurso académico y continuar con la presentación de su tarea bibliográfica. Pero queremos salirnos del ritual por unos momentos para hablar emocionalmente de aquello en que Jiménez Borja estuvo ligado a mi generación y permanentemente unido a mis recuerdos y a mi experiencia personal desde mis años de colegio hasta el día desolado de su fallecimiento.

Profesor nuestro en las aulas del Colegio de la Inmaculada de diversas materias de humanidades, fue sembrando paulatinamente en muchos de nosotros, la semilla de la literatura. No fue entonces un estricto maestro de gramática sino un cultivador del gusto por los textos literarios no solamente del pasado, sino de un entonces presente de la literatura hispana e hispanoamericana. Cuando me dio a leer "Don Segundo Sombra" en 1929 se inició mi inter-namiento en la novela contemporánea de nuestra América en castellano y la posibilidad de un coloquio entre hispanohablantes a base de la expresión literaria y de los matices

diversos del idioma en el aporte constante de nuestros pueblos al lenguaje común. Y al igual que a mí, a compañeros generacionales de diversos colegios de secundaria en Lima les fue inoculando el virus de la literatura y con él la preocupación por la palabra como vehículo de las más variadas y abismales complejidades del consciente y el subconsciente del hombre.

Jiménez Borja, él mismo poeta de vanguardia, fue nuestro maestro por los renovados campos de la poesía que se nutría tardíamente de las expresiones del surrealismo, del dadaísmo y de la variada gama de los ismos post-primer guerra mundial. Con él pudimos entrar en los caminos de Borges, Huidobro, Cansinos, Anssens, Alberti y Cernuda, pero también García Lorca y Guillén y Salinas; así como en el Perú, de los Hidalgo, los Oquendo de Amat y los Vallejo que establecían las bases de un nuevo idioma literario en nuestro país al lado de los titikakas de Puno, de los expresionistas como Mercado en Arequipa, del Grupo Norte, en Trujillo, de la pura vanguardia en Adalberto Varallanos, del empaque de Alberto Guillén en "La linterna de Diógenes" y de la generación del 26 en Lima, con Martín Adán, Xavier Abril, Enrique Peña ... Con esos iniciales pasos pudimos publicar *Prometeo*, en 1930, aún colegiales, con José Alvarado Sánchez y Alberto Tauro.

La nueva crítica literaria se nutría de su tesis: "Elogio de D. Luis de Góngora", donde estaban presentes los estudios estilísticos y la entrada al ordenamiento de la vanguardia de Dámaso Alonso. De Góngora pasaría Jiménez Borja a estudiar a San Juan de la Cruz en una entrada al iluminismo poético que iría a culminar con el ensayo sobre Santa Teresa de Jesús, que hubiera sido tema de la actuación que la Academia debe a tan ilustre escritora. De Jiménez Borja escuchamos la novedosa exposición de unir a José María Eguren con el paisaje de la costa peruana; y a la vez decir en alquitaraada expresión, las características

modernistas de José Asunción Silva, el doliente y renovador poeta del "Nocturno". Fue nuestro conductor literario por antonomasia, antes que fuera maestro de gramática en San Marcos con sus conocidos percentiles ortográficos y su erudito repasar de Bello a Lenz. Nuestra generación fue irrumpiendo al profesorado en la Facultad de Letras de esa nuestra alma mater, desde 1938, con la presencia de Luis Fabio Xammar, nuestro compañero en las andanzas por la literatura peruana en el aula y fuera de ella y a quien habríamos de llorar tan prontamente desde la tribuna del Salón de Grados de esa Facultad. Fue Jiménez Borja consejero sagaz y prudente administrador de conocimientos y de política cultural . . . A la Academia llegamos también un grupo generacional, en 1965, gracias a él y a Aurelio Miró Quesada, como un puente entre la tradición y las nuevas corrientes. Y cuando cumplimos 25 años en la Cátedra fue Jiménez Borja actuante presentador de las características de una generación que tenía por signo su preocupación y su amor por el Perú. Entonces y ahora le expreso en nombre de todos nosotros, los innúmeros discípulos entregados al quehacer de la enseñanza y de la labor literaria e histórica, nuestras más profundas y emotivas gracias.

En San Marcos recibimos el Decanato de la Facultad de Letras; en la vida pública, el Ministerio de Educación; en esta Academia, la Dirección que tanto le correspondía continuar y que no quiso hacerlo, a pesar de los ruegos de tantos de nosotros, y que puso en manos de quien no tenía méritos que él poseía aunque pusiera entusiasmo y consagración. No puedo menos que sentirme un desfalleciente continuador de sus tareas y de salir de los desfallecimientos pensando en la entereza y la responsabilidad que él mantuviera en todos los puestos a que lo llevó su versátil personalidad. Yo no podía dejar de expresar todo esto, aunque fuera en unos breves párrafos que son elocuente

muestra de todo lo que debemos tantos de nosotros al maestro y académico desaparecido, al consejero rector, al guía inicial de escritores peruanos desde los años de la década del 20, al humanista cuyo espíritu iluminó algunos de los senderos por donde hemos transitado hasta agosto de 1982.

Volvería a retomar el camino de su biobibliografía para repetir con otros cómo se inició con un libro primigenio "El alma de Tacna", donde puso el cariño por la tierra que tanto defendiera desde entonces, colaborando poco después en el periódico "Justicia" que proclamaba y mantenía los derechos peruanos a la reincorporación de Tacna y Arica en los históricos momentos de 1925-26; para continuar, con su ensayo citado sobre Góngora y culminar en una monumental monografía sobre Andrés Bello. Repetiría que su paso por las letras peruanas dejaron impreso su amor por nuestra literatura en el bien trabajado —diríamos mejor labrado— discurso sobre Luis Benjamín Cisneros, en homenaje rendido por la Facultad de Letras de la U.N.M. de San Marcos en un enjundioso estudio sobre Felipe Pardo y Aliaga y en su libro sobre "Cien años de Literatura"; y que en ese paso fue ahorrativo en extensión, pero intenso en su entraña conceptual, y brillante en el decir con el lenguaje preciso y diáfano, cargado de imágenes cuidadosas y destellantes.

Su tarea en la Academia Peruana de la Lengua fue vigorosa y constante ... Secretario Perpetuo por casi cuarenta años mantuvo la tradición de ella al par que fue partícipe de sus innovaciones. Y le tocó presidir en Lima, como Director, el Congreso de Academias de la Lengua Española, en 1980, que tuviera tan resonante eco en todos los países de nuestro hablar común. Al par, supo conducir con indudable maestría la Comisión Lexicográfica, hasta culminar su obra con el repaso de peruanismos que han enriquecido y pueden enriquecer en el futuro el Diccionario

de la Lengua Castellana. Nada quedaba por cumplirse en la labor que asumía. Y así podemos hoy señalar que en aquello en que actuó su obra fue de perfeccionamiento en conjunción y acabamiento. Le debemos tanto que no sabemos por dónde comenzar o terminar nuestra gratitud. Fue maestro en todo y como maestro nos dio la lección de su muerte serena, imperturbable y esclarecedora de una vida cumplida para ser vivida y recordada.